

Título:

Reflexiones sobre estructura social y desigualdad en la Argentina post neoliberal

Autores:

Maria G. Diloretto (Lic. en Trabajo Social (FTS – UNLP); Profesor adjunto ordinario e investigadora Cátedra Estructura Social y Problemas Sociales Argentinos; FTS – UNLP)

Juan I. Lozano (Lic. y Mg en Trabajo Social por la FTS-UNLP, Doctorando en Ciencias Sociales (IDES – UNGS). JTP Cátedra Estructura Social y Problemas Sociales Argentinos; FTS – UNLP, Becario Doctoral Conicet)

Paula Meschini (Lic. en Servicio Social, Profesor adjunto ordinario e investigadora Universidad Nacional de Mar del Plata, Doctorando en Trabajo Social Univ Nac. de Rosario. Directora del Grupo de Investigación “Problemáticas Socio Culturales”. Sub Secretaria académica de la UNMdP.

Título:**Reflexiones sobre estructura social y desigualdad social en la Argentina post neoliberal****Resumen**

Los profundos procesos que afectaron la estructura social argentina en la década de los `70, principalmente a partir de la dictadura militar y su continuidad democrática de los `80 y los `90, han acarreado un aumento de la precariedad de las condiciones de vida de numerosos hogares que impacta en todos los ámbitos de la vida cotidiana.

En el presente trabajo, se intentará aportar algunos elementos que permitan pensar las formas que adquiere la precariedad social en la Argentina actual, intentando explorar hasta qué punto la confluencia de fenómenos como el *desempleo*, *la pobreza* y *la desigualdad de oportunidades*, han devenido en una creciente rigidización de nuestra estructura social.

La recuperación del trabajo, salario, reducción de la pobreza, entre otros logros, exponen los desafíos abiertos y en tensión en la era de la post convertibilidad ante problemas considerados estructurales cuyo origen es necesario profundizar y complejizar en las transformaciones acaecidas durante el neoliberalismo. Precisar esta génesis estructural permite visualizar así los límites y alcances de las políticas sociales y económicas de este periodo histórico y las consecuentes dificultades de resultados positivos a corto alcance, como así también la construcción de una agenda de políticas públicas que impacten en la reducción de la desigualdad social.

Palabras claves:

Estructura social – desigualdad social - trabajo

Abstract

The profound processes that affected the social structure argentina in the 1970s, primarily from the military dictatorship, democratic continuity from the '80 and '90, have led to an increase in the precariousness of the living conditions of many households that impacts in all areas of everyday life.

In the present work, we will attempt to provide some elements that allow us to think on forms of social precariousness in Argentina current, trying to explore the extent to which the confluence of phenomena such as unemployment, poverty and inequality of opportunity have become a growing stiffening of our social structure.

The recovery of the work, wages, poverty reduction, among other achievements, expose the open challenges and tension in the era of the post convertibility before problems considered structural whose origin is necessary to delve deeper and are thus able to transformations during neoliberalism.

To need this structural genesis allows to visualize this way the limits and scopes of the social and economic policies of this historical period and the consistent difficulties of positive results to short scope, since this way also the construction of an agenda of policies you publish that they should affect the reduction of the social inequality.

Key words:

social Structure - social inequality – labour

Introducción

La aguda crisis vivida por la Argentina durante el 2001 y que hizo su máxima emergencia en el mes de diciembre de ese año, fue el corolario de un proceso que afectó al país desde mediados de la década del '70. En efecto, analizando la situación social de los últimos años, se observa la concurrencia de una serie de factores que fueron profundizando un proceso de polarización social, incidiendo profundamente en la conformación de la estructura social argentina.

La mayor parte de este empobrecimiento se explica por la reducción del poder adquisitivo de los salarios que han sufrido los trabajadores y el profundo proceso de transformación del mercado de trabajo. La marcada caída del poder adquisitivo se halla inscripta dentro de un marco complejo, caracterizado por una profunda transformación de la estructura económica a través de la reconversión productiva, la desindustrialización, la privatización de bienes y servicios. A ello se sumo un prolongado estancamiento económico y un cambio del modo de inserción de Argentina en el mercado económico mundial, a través de una mayor apertura económica¹.

Este proceso -que se consolidó en la década del '90- incidió directa y dramáticamente en la configuración de un nuevo escenario social. Así, los inicios del nuevo siglo mostraban un alto porcentaje de nuestra población enfrentada a condiciones de vida cada vez más desfavorables, en un contexto social muy diferente al que tuvieron generaciones anteriores y con perspectivas de reversión -y de movilidad social ascendente- muy difusas (Feijoo, 2003).

En la actualidad, los indicadores de desempleo no son los de los '90, ni la situación social es la del 2002 y, sin embargo, aquellos que trabajamos en el campo social podemos coincidir en que si bien han mejorado sustancialmente las condiciones de vida de vastos sectores de la población, aun resta mucho por hacer.

Aparece entonces un escenario social diferente, fuera del marco de la crisis, que procura restablecer y ampliar el estado de bienestar argentino pero, que aun continua signado por el aumento de la vulnerabilidad social y de la incertidumbre, que parece consolidar formas de pobreza que exceden la falta de recursos económicos o la imposibilidad de alcanzar determinados estándares de vida, para configurar identidades y reificaciones sociales diferentes.

En el presente trabajo, se intentará aportar algunos elementos que permitan pensar las formas que adquiere la precariedad social en Argentina en el actual escenario político y social. La pregunta que rodea este escrito es hasta qué punto la confluencia de estos fenómenos y la marcada desigualdad de oportunidades que han traído aparejada, han devenido en una rigidización de la estructura social, donde la movilidad social ascendente -que caracterizó en gran parte del siglo XX la estructura social argentina- aparece aun hoy como una utopía.

Primeras aproximaciones

Para comprender mejor este proceso, es necesario remarcar la importancia que adquiere la pérdida de significancia de ciertas categorías ocupacionales, relacionadas con el trabajo y el empleo², en el tratamiento de las modificaciones en la estructura social³. Hasta la emergencia de la crisis generada a partir de los años '70, la distinción entre las categorías ocupacionales relacionadas a la fuerza de trabajo poseía límites precisos y la cualidad de presentar estabilidad y permanencia en el tiempo (Neffa, 1996). Pero ante los procesos de reconversión sufridos por el mercado laboral, comienza a denotarse un mayor dinamismo interno entre dichas categorías, que presentan entonces fronteras más difusas. Un número cada vez mayor de personas se encuentran en una situación

ambigua con respecto al empleo: en una intersección, o en el proceso de pasar de una categoría ocupacional a otra, sin adoptar la forma de desempleo en el sentido clásico de la palabra.

El progresivo incremento de la flexibilización y precarización laboral y la aparición de fenómenos tales como el desempleo estructural, devienen en lo que el investigador brasileño Ricardo Antunes (1995) ha dado en llamar *procesalidad contradictoria*⁴: por un lado, se reduce el número de trabajadores empleados en sectores de la producción industrial o fabril; por otro, aumentan los subempleados: en trabajos informales y precarios, o como asalariados en el sector servicios y se incrementa la terciarización. Se incorpora el trabajo femenino, sin una red de servicios sociales como guarderías, o jornada escolar extendida que posibiliten una contención y protección y, a la vez, se excluye del mercado laboral a los más jóvenes y a los más viejos. Todo lo cual produce una mayor heterogeneización, fragmentación y complejización del mundo del trabajo y, por consiguiente, de la identidad del trabajador y de su conciencia como clase específica.

Este proceso se expresa, asimismo, en una creciente tendencia, por un lado, a una mayor cualificación e intelectualización del trabajo, que conlleva a la creación de “trabajadores multifunción” (caracterizados por una alta rotatividad laboral) y, por otro lado, al acrecentamiento de la descalificación de numerosos sectores operarios que afecta, fundamentalmente, a aquellos trabajadores especializados -oriundos del fordismo- y a la masa de trabajadores que oscilan entre empleos temporarios, parciales o pertenecientes a la economía informal (Antunes, 1995).

Hasta la década de 1980, la relación entre crecimiento económico y absorción productiva de la fuerza de trabajo, junto con un Estado de bienestar incipiente -aunque limitado e imperfecto-, fueron los mecanismos que alimentaron las expectativas de movilidad social de importantes sectores de la población latinoamericana. Se esperaba que los procesos de urbanización e industrialización, el desarrollo del sistema de educación pública y la expansión de las ocupaciones no manuales condujeran a la conformación de sociedades más equitativas. Estas expectativas estuvieron más cerca de materializarse en algunos países, mientras que en otros constituyeron promesas incumplidas para amplios sectores de la población.

Es indudable que estos cambios sufridos en el mercado de trabajo han originado profundas transformaciones sociales. Los datos sobre desempleo, la aparición de nuevos pobres en países altamente industrializados, parecen demostrar que la cíclica superación de crisis en el plano económico no implica reducciones sustanciales de las tasas globales de desempleo, ni mejoras sociales para determinados grupos. Pero estos cambios en la estructura y las formas del empleo exceden el plano meramente económico. Si se considera la importancia que reviste el trabajo en el modelo de sociedad imperante, como organizador de la cotidianeidad de los sujetos y sus hogares, y como soporte principal de la ciudadanía y de la dignidad de la persona (Castel, 1994), se puede vislumbrar cómo las transformaciones producidas en el mundo del trabajo impactan en prácticamente todos los órdenes de la vida social de los individuos.

En este marco, el mercado de trabajo ha perdido su potencial integrador y de movilidad social, sobre todo a partir de las modificaciones sufridas en los '90. El incremento de los niveles de desempleo, junto a la extensión de la inseguridad laboral y la desprotección social, no sólo evidencian un progresivo debilitamiento de la relación entre crecimiento económico y empleo, sino que cuestionan seriamente las potencialidades del nuevo modelo económico tanto para absorber fuerza de trabajo como para reducir la pobreza y las desigualdades persistentes y crecientes. A la par de la erosión de los anteriores mecanismos integradores, el aumento de la desigualdad en la distribución de

oportunidades para acceder a los procesos en marcha, constituye uno de los indicadores que denotan una *estructura social cada vez más rígida*. “De esta forma, las condiciones con que cuentan los hogares pasan a desempeñar un papel decisivo en el destino de los individuos, en un contexto marcadamente adverso para los ‘perdedores’ del nuevo juego social” ((Bayon, 2006: 134).

La precarización del mercado laboral pasa a comprometer, entonces, otras áreas de la vida diaria: “Lo determinante del proceso -de exclusión- es el hecho de que el trabajo deja de ser el ‘gran integrador’. Se trata de un proceso de descongelamiento, de desestabilización de los estables, de vulnerabilización de posiciones antes seguras. La cuestión social no se reduce a la cuestión de la exclusión. Exclusión o disgregación son el efecto de una conmoción general cuyas causas se hallan en el trabajo y su modo de organización actual” (Castel, 1994:34).

Esta situación se tradujo en un aumento de la vulnerabilidad que sufren determinados grupos sociales. Tal como plantea Denis Merklen (2003), el concepto de pobreza resulta insuficiente para intentar explicar los profundos cambios que han generado en la estructura social las transformaciones en el mercado de trabajo antes referidas. En este sentido, las ideas de *vulnerabilidad e inestabilidad* podrían ayudar a explicar mejor el actual panorama social. “Con *vulnerabilidad* quiere decirse que el individuo carece del tipo de reaseguros que brinda el empleo estable o la propiedad. La vulnerabilidad se expresa en la inestabilidad permanente y en la necesidad de adaptarse a vivir el día a día (...) La idea de vulnerabilidad refiere a los problemas de integración social y expresa una fragilidad de los lazos sociales -de solidaridad, diría Émile Durkheim- que deben favorecer el desarrollo de los individuos” (Castel 1995 *apud* Merklen, 2003:112-113).

Las nuevas formas de inclusión social

La dinámica que sufren las categorías relacionadas a la fuerza de trabajo refiere distintas formas de inserción de los sujetos en el mercado productivo, que traen aparejadas, a su vez, modos de inclusión-exclusión parciales, extrapolables a su vida cotidiana, que pone en cuestión la concepción de que la sociedad debe existir como un todo. “Si hay efectivamente gentes segregadas a la vez de los circuitos sociales de producción, de unidad y de reconocimiento, se perfila un modelo de sociedad en el que sus miembros no están ya vinculados por aquellas relaciones de interdependencia que teorizó Durkheim, por ejemplo, y que permiten que se pueda hablar de una sociedad como un conjunto de ‘semejantes’. Tal es el peligro que comportan los fenómenos de exclusión: el exilio de una parte de la población respecto de la sociedad y la ciudadanía (...) El peligro se sitúa en el riesgo de pudrimiento de las condiciones de la democracia, que se produce a partir de la pulverización de la condición salarial. Un número creciente de personas se ven obligadas a vivir una especie de cultura de lo aleatorio, como por ejemplo esos numerosos jóvenes que viven de una alternancia entre actividad e inactividad, de trabajillos, de un poco de ayuda social y un poco de apañárselas” (Castel, 1995:35).

Aparece, de esta manera, una nueva relación entre trabajo e inclusión, con marcadas consecuencias sociales: independientemente de la crisis del mercado de trabajo, pero a la vez como reacción de ella, surge una crisis de la sociedad organizada en torno al trabajo, en la medida en que éste pierde su calidad como organizador de la vida de los sujetos, centro de valoración social y eje de orientaciones morales. Si, como señalan numerosos autores, la lógica del Estado de bienestar puede caracterizarse como de *inclusión* creciente, surge de esta forma una ruptura: a partir de la merma que sufre la capacidad de absorción del mercado de trabajo, emerge como consecuencia inmediata el aumento de la vulnerabilidad social. En una sociedad en que las oportunidades

económicas, políticas y civiles están ligadas directamente o indirectamente al trabajo, aquellos que no logran su inserción en el sistema laboral y que, por consiguiente, sienten el desaprovechamiento de su capacidad de trabajo, ven la amenaza del estigma del fracasado o “del que sobra”, lo que trae aparejado el detrimento de sus oportunidades vitales y, en consecuencia, el fantasma de un futuro incierto.

La flexibilización laboral acarrea un aumento de la vulnerabilidad que se vivencia también en el ámbito privado de los sujetos: por un lado, el impacto en la vida cotidiana de los actores que sufren las transformaciones derivadas de las modificaciones del mercado laboral adquieren características particulares en el caso argentino, donde los derechos sociales y prácticamente todo el sistema de seguridad social han estado vinculados casi exclusivamente a la condición de ocupado. Por otra parte, gran parte de las familias afectadas por este proceso ha implementado estrategias que implicaron reducciones de los gastos y modificación de las costumbres, junto a la búsqueda de nuevas fuentes de ingreso que se han ido traduciendo en la necesidad de más de un trabajo, subocupación o sobreocupación horaria y autoexplotación de los trabajadores. O sea, más horas-hombre de trabajo para intentar ganar (con suerte) el mismo sueldo (Diloretto, 1995). Todos estos datos permiten apreciar de qué manera una población como la de nuestro país (crecientemente empobrecida y fragmentada) ha aumentado en las últimas tres décadas su situación de vulnerabilidad social.

Por otra parte, la asociación entre desigualdad en la distribución del ingreso e inclusión social ha estado medida históricamente por el funcionamiento de las instituciones sociales, económicas y políticas, que han favorecido o coartado las oportunidades de satisfacción de necesidades y -sobre todo- de la práctica de ciudadanía. En el caso argentino, la seguridad social estuvo profundamente ligada a la condición de trabajador, lo que ha derivado en lo que Bayón (2006) denomina *una inclusión diferenciada en el sistema social*. Esta forma de inclusión plantea una segmentación en lo que hace a la inserción de la población en el sistema social, que no ha revestido un carácter universal. A partir del advenimiento del neoliberalismo, esta segmentación emerge con mayor crudeza ante el progresivo desmantelamiento y mercantilización de los servicios sociales. La descentralización de servicios fundamentales, como la educación y la salud, ha derivado no sólo en una mayor inequidad, sino en una dramática profundización de las distancias sociales en función tanto del acceso a oportunidades (ya sea de empleo, de educación o de salud) como -y esto es lo novedoso- de la calidad de las oportunidades a las que se accede.

Es precisamente el carácter acumulativo de estas situaciones de desventaja relacionadas con la precariedad ocupacional y con otras dimensiones de la vida económica y social -temática desarrollada por Serge Paugam (1991, 2007) al analizar la situación de pobreza y empleo en Francia- lo que hace que ciertos grupos sean más vulnerables a la pobreza, y encuentren mayores obstáculos a su inclusión social.

La situación en la Argentina. Algunos datos del deterioro

A partir del primer gobierno de Perón comienza en Argentina un período caracterizado por una creciente industrialización, que se tradujo en una aceleración del proceso de urbanización y de asalarización de la población económicamente activa. En comparación con otros países de América Latina, en nuestro país este proceso se inició tempranamente y derivó en un mayor desarrollo del empleo formal, de la seguridad social y menores niveles de subutilización laboral en comparación con Latinoamérica en su conjunto, que incidió en la conformación de su estructura social. En efecto, al decir de Bayón (2006): “... los impactos integradores del modelo de industrialización

sustitutiva se tradujeron en niveles relativamente bajos de desigualdad social, pobreza y subutilización laboral hasta mediados del decenio de 1970, lo que ubicó al país en una posición privilegiada en el contexto latinoamericano” (pp. 136). Evidentemente en este proceso han incidido otras variables, de las cuales merecen destacarse el lento crecimiento demográfico y el desarrollo del sistema de educación pública.

A principio de los años ‘70, Argentina era un país con indicadores propios de países altamente industrializados: sólo un 8,5 % de la población era pobre⁵; existía un Índice de Gini⁶ de 35; la Deuda Externa no superaba los 8.000 millones de dólares; su desocupación era inferior al 4%. El sector formal proporcionaba más del 70% del empleo asalariado (Marshall, 1998) y, en este contexto, el sector informal no constituyó un mecanismo de subsistencia, propio de otros países latinoamericanos (Bayón, 2006). Los salarios se llevaban el 40 % del producto Nacional.

Ya hacia mediados de los ‘90, el 20 % de la población podía definirse como pobre. El Índice de Gini superaba 44; los salarios se llevaban sólo el 25% del ingreso nacional; y la desocupación alcanzaba el 18% y en algunos centros urbanos afectaba a casi uno de cada cuatro hogares⁷. En mayo de 1995, había alrededor de 7.500.000 de pobres en la Argentina. El 65 % de éstos eran población urbana y el 35 % población rural. Estos 7.500.000 de pobres configuraban el 21,7 % de la población nacional; y de ellos, 3.000.000 eran los *nuevos pobres*, surgidos en los últimos veinte años. De los 7.500.000, el 23 % eran analfabetos (Frediani, 1995).

La posición privilegiada de Argentina en el contexto regional comenzó a experimentar un progresivo deterioro a partir de 1975, constituyéndose en el país de América Latina que atravesó la más profunda transformación de su estructura social en menos de tres décadas (Bayón, 2006). A la par con el incremento de los niveles de desigualdad y pobreza, se produjo un marcado debilitamiento de los anteriores canales de movilidad social. En el decenio de 1970, las transformaciones fueron ya esbozándose en el Rodrigazo y se iniciaron con la Dictadura Militar, a través de una marcada reducción del poder adquisitivo de los salarios, lo que contribuyó no sólo a la desestructuración del movimiento obrero, sino que también fue un paso importante hacia el cambio del modelo económico. Obviamente la sumatoria de estos procesos impactó en la subjetividad de la población y en la reificación y redefinición de sus ejes identitarios, tradicionalmente asociados al trabajo.

La década de 1990 significó la consolidación de ese nuevo modelo socioeconómico, que comenzó a perfilarse a partir del último gobierno militar. Este nuevo modelo no sólo supuso nuevos patrones de inserción del país en la economía global, sino también nuevas formas de relación de los hogares con el mercado de trabajo y con el Estado, que sacudieron y trastocaron fuertemente la estructura social argentina. Su instauración se tradujo en el segundo punto de inflexión en el cambio de la estructura social en la Argentina, a través de las modificaciones producidas en el mercado de trabajo, que se tradujeron no sólo en precarización laboral, sino directamente en la desaparición de puestos de trabajo.

Un punto que evidencia la ruptura del Estado de Bienestar y por ende del modelo de integración social fue la implementación de un conjunto de medidas conocidas como ajuste estructural⁸. Esta tendencia se fue profundizando a medida que se continuaban aplicando las recetas de los organismos internacionales que promovían la preeminencia del Mercado por sobre el Estado y que afirmaban que la redistribución era posible a través de la famosa “*teoría del derrame*”: el mercado por si mismo se iba a ocupar de concentrar y redistribuir, de hacer justicia frente a un Estado que consideraban incapaz, ineficiente y corrupto.

La economía en los ‘90, contribuyó de forma determinante a conformar la actual

estructura ocupacional y social de la Argentina. Las transformaciones estructurales de la economía dieron preeminencia a las actividades financieras y de servicios en general, en detrimento de los sectores productivos, afectando especialmente a la industria. Como es bien sabido, la consecuencia social fue la exclusión de amplios sectores de la población, la fragmentación del tejido social, el deterioro de las identidades colectivas, el descreimiento en la política como herramienta fundamental de la transformación social, el incremento de la violencia material y simbólica, que genera una sociedad de consumo basada en la generación de necesidades imposibles de ser satisfechas a través del "fruto del trabajo": el salario. La herencia social fue el aumento de la desigualdad en términos de ingreso, la profundización de la pobreza e indigencia, crecimiento de los niveles de desocupación y exclusión social.

La vigencia de la Ley de Convertibilidad que establece la paridad del peso con el dólar sumado a las decisiones tomadas en materia de política económica a partir de 1991; volvieron fuertemente dependiente al país de los capitales extranjeros. El gobierno argentino estaba imposibilitado de emitir moneda y las formas de financiarse fueron las del constante endeudamiento y el ingreso de inversiones sin importar el destino de las mismas.

De esta forma, la magnitud que ha adquirido en los últimos treinta años el proceso de empobrecimiento en la Argentina⁹, parece tener pocos paralelos en otros países, fuera de las situaciones de guerra. La crisis de la convertibilidad marcó un nuevo hito en el crecimiento de la pobreza. Entre 1974 y 2002 en la Provincia de Buenos Aires la proporción de población pobre aumentó 11 veces, pasando de menos de 5% a casi 58%, mientras que la de aquellos que no logran cubrir sus necesidades nutricionales -los indigentes- se multiplicó por 12 (de 2% a casi 25%). En el total urbano, la incidencia de la pobreza creció entre las dos últimas crisis económicas casi 30 puntos porcentuales -28.7% en 1995 y 57.7% hacia el 2002-, mientras que la indigencia lo hizo en 20 puntos porcentuales (7,6% a 27,7%) (SIEMPRO, 2003).

En el caso particular argentino, existe una serie de factores que apuntan a agudizar la situación de polarización social y han traído aparejado, en consecuencia, un profundo cambio en la estructura social del país: a las transformaciones de la estructura productiva -reconversión productiva, desindustrialización, privatización de bienes y servicios- se suma un prolongado estancamiento económico y un cambio en su modo de inserción en el mercado económico mundial, a través de la apertura económica¹⁰.

Al respecto, a los aspectos cuantitativos que rodean la precarización laboral y afectan particularmente a la población trabajadora, debe agregarse otro elemento a considerar, la memoria de tiempos mejores: "...la pérdida de la pertenencia a empresas que en otros tiempos pudieron encarnar el 'ideal' del trabajador -estatales, con muy buenas remuneraciones, grandes beneficios sociales, alto grado de actividad sindical- alrededor de las cuales prácticamente giraba su vida, adquiere una significancia fuera de lo común: se ha percibido -en el análisis de las trayectorias ocupacionales- una visión nostálgica y dolorosa hacia el pasado, que toma ribetes de paraíso perdido. Quizá la protección -social y laboral- brindada por estas empresas (...) hace aún más marcado el contraste con las nuevas condiciones de flexibilización laboral a las que debe enfrentarse el trabajador en la Argentina de los '90" (Diloretto, 1995).

¿Hacia una rigidización de la Estructura social?

El nexo entre inestabilidad laboral, pobreza y desprotección social se expresa de manera particular en el caso argentino: en términos generales, en el actual escenario local *no es necesario estar desempleado para situarse por debajo de los umbrales de la pobreza* (Portes y Hoffman, 2003). En este sentido, la estructura social argentina ha evidenciado

marcados cambios en su composición que están íntimamente relacionados con el proceso de reconversión productiva que desde la década del '70 viene sufriendo nuestro país.

Las relaciones entre la pobreza y la precariedad laboral, en sus diferentes expresiones, muestra la progresiva erosión de los anteriores mecanismos de supervivencia económica y obtención de ingresos. La posibilidad de “ganarse la vida” trabajando, al menos de manera continuada, es cada vez más incierta. El profundo debilitamiento del trabajo y la educación como canales de movilidad social -o al menos como fuentes que alimentaban expectativas de mejoramiento futuro-, junto con la creciente inequidad en la distribución de oportunidades ocupacionales y educativas, dan cuenta de una estructura social que se hace cada vez más rígida. En otras palabras, el margen de maniobra para superar situaciones de desventaja social entre quienes provienen de hogares desfavorecidos -en cuanto a ingreso, empleo, educación, vivienda y otros aspectos- se estrecha progresivamente en un contexto cada vez más hostil para quienes no están dotados de partida de ciertas habilidades y destrezas sociales. La carencia de estos recursos conduce al entrapamiento en oportunidades de vida signadas por una “espiral de precariedad” en la cual las desventajas se retroalimentan y acumulan (Paugam, 2007).

Este cambio en la estructura social presenta también una lectura política. Los golpes de Estado que azotaron a América Latina en la década del '70 pueden interpretarse como una forma de llevar al gobierno a minorías dispuestas a tomar capitales del exterior en forma de préstamos (en un momento en que había en el mercado financiero mundial una sobreoferta de capitales) y de reducir, por medio del terror del Estado, el desafío de un sindicalismo poderoso, que mostraba un fuerte grado de representatividad política, lograba mantener alto el valor del salario y podía vetar los proyectos de máxima de un capitalismo al que la crisis hacía cada vez más depredador. En el caso específico argentino, se ha señalado la necesidad política que se planteó el mercado financiero nacional y multinacional: destruir o por lo menos debilitar seriamente a una clase obrera a la que se veía como el elemento central de reivindicaciones populares que había llegado a un nivel máximo en 1975¹¹.

En suma, estas transformaciones en el mercado de trabajo y en el rol del Estado (en su articulación con la producción de bienes y servicios), y el drástico aumento de la Deuda Externa, fueron factores que repercutieron profundamente en la conformación de una nueva estructura social, ya que se tradujeron en un aumento de la desigualdad distributiva, una caída generalizada de los ingresos (Beccaria, 1992) y un deterioro de las condiciones de vida de la mayor parte de la población (particularmente sectores medios y bajos), que evidencian un escenario muy diferente al que históricamente había caracterizado a la Argentina.

El fantasma del estancamiento, la rigidización de la estructura social, crea un contexto de incertidumbre para estos sectores de la sociedad, que aparecen con escasos recursos para compensar la desprotección a que los expone el mercado de trabajo y los cambios en la política social. La alta desigualdad en la distribución de oportunidades educativas y ocupacionales y de la protección social revelan dramáticamente que los niveles de ingreso son factores clave del acceso a los servicios sociales y de la calidad de los servicios a los que se accede, lo cual agrega a la falta de expectativas de ascenso social, una polarización y segmentación crecientes. En términos de Bayón (2006), “El hogar de origen constituye un antecedente cada vez más fuerte del lugar que se ocupará en la estructura social. Las ventajas o desventajas iniciales no sólo se mantienen -y profundizan- en el curso de la vida, sino que tienden a reproducirse entre generaciones. La dificultad creciente que enfrentan los sectores más desfavorecidos para escapar de los circuitos de privación, manifiesta con más claridad las tendencias excluyentes del

modelo neoliberal. Se trata no sólo de sociedades más desiguales y segmentadas, sino de estructuras sociales más rígidas en las cuales aparecen debilitados los anteriores canales y expectativas de movilidad social” (pp. 149 - 150)

A modo de síntesis. Los debates y desafíos en la era de la post convertibilidad

Uno de los principales desafíos presente en las Ciencias Sociales y en particular para el Trabajo Social, es la ausencia de una producción discursiva en torno los procesos políticos, económicos y sociales en la Argentina de la post convertibilidad que favorezca la reflexión crítica tanto en lo referente a la intervención profesional como al debate de la elaboración de políticas públicas.

A continuación, y solo a fin de ver estadísticamente las simetrías y asimetrías de Argentina en el contexto latinoamericano; se recurre a diversas fuentes de información documental, como la de la CEPAL/NACIONES UNIDAS, donde en el documento informativo “Panorama Social de América Latina”, da cuenta de diferentes variaciones en las brechas de desigualdad y su reproducción intergeneracional, así como al comportamiento del gasto social y de las transferencias en función de los requerimientos de las nuevas generaciones. Así como también sostiene que, se profundiza en la cadena de producción y reproducción de las brechas sociales, prestándose atención al modo en que se vinculan en esta cadena la heterogeneidad estructural (brechas de productividad en las economías nacionales), la segmentación laboral y los vacíos de la protección social. (Cepal, 2011:7).

El documento de la CEPAL, aborda las tendencias recientes en la evolución de la pobreza y la distribución del ingreso en América Latina. Es así que “... La principal tendencia del período reciente muestra que en el año 2010 disminuyeron la pobreza y la indigencia en la región, en consonancia con la recuperación del crecimiento económico. Ambos indicadores se sitúan en su nivel más bajo de los últimos 20 años. Si bien la caída de la pobreza se debe principalmente al crecimiento del ingreso medio de los hogares, la reducción de la desigualdad también ha incidido de manera significativa. En 2010, el índice de pobreza de la región se situó en un 31,4%, incluido un 12,3% de personas en condiciones de pobreza extrema o indigencia. En términos absolutos, estas cifras equivalen a 177 millones de personas pobres, de las cuales 70 millones eran indigentes. Las cifras indican que, tras la crisis de 2009, la recuperación económica se ha reflejado (al menos en parte) en los indicadores de pobreza. Efectivamente, con respecto al año 2009 la tasa de pobreza se redujo 1,6 puntos porcentuales, y la de indigencia 0,8 puntos porcentuales. A partir de las proyecciones de crecimiento del PIB y de las previsiones de la evolución de la inflación en cada país, cabe esperar que en el año 2011 la tasa de pobreza se reduzca levemente. En cambio, la tasa de indigencia podría aumentar, ya que el alza del precio de los alimentos contrarrestaría el incremento previsto en los ingresos de los hogares. En materia de distribución del ingreso, en años recientes se han observado cambios favorables hacia una menor concentración, debido sobre todo a un mejor reparto de los ingresos laborales y al papel redistributivo del Estado a través de las transferencias monetarias. Si bien la reducción de la desigualdad es leve, contribuye a configurar un escenario favorable, sobre todo en un contexto de ausencia prolongada de mejoras distributivas generalizadas. En América Latina persisten los problemas de funcionamiento del mercado de trabajo y de las instituciones laborales. Según las encuestas de percepción, estas disfunciones generan sentimientos de incertidumbre y malestar en la población ocupada, sobre todo entre quienes tienen empleos precarios, poseen menos capital humano, se encuentran en peor situación

socioeconómica y residen en países en que las brechas de productividad son mayores. En estos grupos es más frecuente el temor a perder el empleo y las percepciones de falta de oportunidades de empleo, de incumplimiento de la ley laboral y de falta de garantías de seguridad social. El diálogo entre empresarios y trabajadores se ve obstaculizado por la bajo índice de afiliación sindical, especialmente de los trabajadores menos calificados, y por la desconfianza en los sindicatos, que es mayor entre directivos y gerentes de empresas.”(CEPAL: 2011; 7-8).

Dentro de este panorama, Clarisa Hardy, a su vez, caracteriza las sociedades latinoamericanas de la post crisis para posteriormente abordar el problema de la pobreza en su heterogeneidad; afirmando que la misma constituye una combinación “...variable según los países, de crecimiento y distribución y que se materializa en las transferencias monetarias directas y a través de inversiones y prestaciones sociales (especialmente salud y educación) que tienen impactos distributivos en los hogares más vulnerables” (Clarisa Hardy: 2011;4).

América latina inició un ciclo económico y político a contramano de las recomendaciones y medidas del FMI, del Banco Mundial y del capitalismo financiero a nivel mundial, donde uno de los objetivos principales es el de recuperar y profundizar el Estado de Bienestar. Argentina posee una posición diferencial en términos macroeconómicos y político jurídicos al resto de los países de América Latina y requiere de un exhaustivo análisis que de cuenta de la singularidad que posee en relación al concierto de países latinoamericanos; sin embargo se puede mencionar que Argentina “... creció durante seis años a una tasa promedio de 8,6%, la tasa de inversión subió del 11 al 23 % entre 2002 y 2008; de 2001 a 2008 las exportaciones aumentaron de 26.500 a 70.000 millones de dólares. Con este telón de fondo de auge macroeconómico, comenzó a recuperarse el Estado de Bienestar ... se generaron 5 millones de nuevos empleos; se incorporó a 2,4 millones de nuevos jubilados, se recuperó para el Estado el sistema de Jubilaciones y se estableció un sistema automático de suba de montos; en el 2002 la participación de los salarios en el PIB era del 34% y en el 2009 del 43%, la desocupación cayó del 19,7% en 2002 a 7,4% en 2010, se implementó la asignación universal por hijo; se cumplieron importantes planes de vivienda y de salud; se ejecutan múltiples programas de desarrollo social ...” (Calcagno E: 2011;46- 48).

Sin embargo frente a los grandes esfuerzos macro económicos realizados y los resultados objetivos alcanzados aun resta mucho por hacer en términos de poder revertir la desigualdad social. Pareciera que la pobreza no es una cuestión únicamente definible y solucionable en términos económicos y que debe ser repensada y abordada desde diferentes puntos de vista y dispositivos que recuperen la dialéctica entre lo universal y lo particular. Ante este imperativo, la de precisar avances, retrocesos, límites y posibilidades de este proceso por el que atraviesan las sociedades contemporáneas; resulta interesante también, las observaciones que Kessler (2011) efectúa sobre una serie de tendencias con respecto a desigualdad social en Argentina. Uno de los principales datos de la desigualdad se asocia tanto al aumento de delitos violentos, como a un marcado incremento de la segregación socio-espacial, con el aumento de las urbanizaciones privadas, cuyo origen data de la década del `90. Esta tendencia ratifica que la segregación retroalimenta la desigualdad, ya que el espacio de encuentro entre los que más y menos tienen se reduce cada vez más, tanto por el lugar de residencia como por la segmentación en los servicios.

Situaciones vinculadas a la discriminación han sido un tema destacable en el último periodo, tanto por reacciones xenofóbicas, entre las más graves, como por el avance del Estado en reconocimiento a través de una mayor aceptación de la diversidad (la

creación del INADI y la ley de matrimonio igualitario son ejemplos de esta afirmación). Si hay una reacción de ciertos sectores en el avance de políticas más universales, la ampliación de jubilaciones y la asignación universal, por ejemplo, se construyen nuevas ideas de peligrosidad vinculadas a la inmigración (curiosamente en el periodo con menor proporción de población no nativa de la historia).

Kessler también identifica a su vez otras tendencias que aunque parecieran contradictorias, no hace más que marcar la complejidad de este proceso, ya que frente al escenario de movilidad descendente masiva de 2001, se establece que una parte importante de la clase media se mantuvo estable, “empató”, mientras que otros sectores otrora empobrecidos tuvieron una mejora de su situación, incluso algunos, con fuerte calificación laboral y capital social se recuperaron totalmente.

Otra tendencia es la expansión educativa, la creación de nuevas universidades ubicadas en el conurbano y en provincias más alejadas de los centros urbanos ofrecen un conjunto de carreras universitarias en muchos casos para estudiantes que son primera generación en llegar a cursar estudios universitarios.

Como contrapartida Pérez (2011) corrobora que si bien la educación es central para determinar las posibilidades de acceso al mercado de trabajo, los jóvenes de los sectores populares ingresan tempranamente en el mercado de trabajo en puestos de baja calidad, lo que los obliga a abandonar el sistema educativo.

Volviendo entonces a nuestras reflexiones en los apartados anteriores, el trabajo, su calidad y el conjunto de beneficios relacionados a él, son quizás una de las principales claves para avanzar en términos de inclusión y reducción de la desigualdad social. La inestabilidad y precariedad de las trayectorias laborales y educativas y sus consecuencias impactan en las posibilidades de movilidad social.

Frente a la estructura de oportunidades abiertas a través de la recuperación económica y el avance de ciertos indicadores, la apropiación sigue siendo desigual, donde el lugar que se ocupa en la estructura social sigue siendo aun condicionante.

Precisar y analizar la diversidad y heterogeneidad en cuanto a tendencias, procesos, actores y construcción de agenda en este contexto de recuperación, supondrá así en avanzar hacia la construcción de respuesta frente a la desigualdad persistente.

Frente a las posiciones neoconservadoras y neoliberales que aun resisten y enfrentan los procesos de cambio en América Latina en general y en particular en Argentina, tal vez a modo de cierre, se puede afirmar que la economía debe estar al servicio de la política. Es así que se considera que este camino iniciado por Argentina de re definición de los objetivos de desarrollo y crecimiento teniendo en cuenta los intereses nacionales; inauguro en la Región una agenda de debate político.

En sociedades democráticas, “El hogar de origen “Bayón (2006), no puede ni debe constituirse en el antecedente más fuerte del lugar que se ocupará en la estructura social.

La política entendida como herramienta real de transformación social, ya sea tanto desde la reflexión y/o acción, incide en la ruptura del ciclo de reproducción de la pobreza, posibilitando una vida que merece ser vivida dignamente.

Bibliografía:

Antunes, R. *Adeus ao trabalho? Ensaio sobre as Metamorfoses e a Centralidade do Mundo do Trabalho*. Cortez Editora- Editora da UNICAMP. São Paulo, 1995.

Basualdo, E. *Formación del capital y distribución del ingreso durante la desindustrialización*. Cuaderno N° 20. IDEP. Buenos Aires, 1992.

Bayón, M. C. *“Precariedad social en México y Argentina: tendencias, expresiones y*

- trayectorias nacionales*” *Revista de la CEPAL* N° 88. Santiago de Chile, 2006
- Beccaria, L. *Estancamiento y distribución del ingreso*” en MINUJIN, A. (editor) *Desigualdad y exclusión: Desafíos para la Política Social de fin de siglo*. Losada. Bs. As., 1993.
- Beccaria, L. *Reestructuración, empleos y salarios en la Argentina* en *El desafío de la competitividad. La industria argentina en transformación*. CEPAL - Alianza Editorial. Bs As, 1993.
- Beccaria, L. - López, N. (comps.) *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*. UNICEF-Losada. Bs. As., 1996.
- Castel, R. *El advenimiento de un individualismo negativo* en *Revista Debats* N° 54. Valencia, 1995.
- Calcagno Eric *El resurgimiento argentino*. Facultad de Ciencias Sociales –Universidad de Lomas de Zamora, Lomas de Zamora, Bs. As. Arg, 2011
- CEPAL/NACIONES UNIDAS “*Panorama Social de América Latina*”, División Desarrollo Social. Disponible en la web en <http://www.eclac.org> consultado 28/02/2012
- Diloretto, M. *Modificaciones en las estrategias de consumo en grupos familiares recientemente excluidos del Sector Formal de producción. Un estudio de casos en el Gran la Plata*. Informe final de Beca de Iniciación a la Investigación. UNLP. La Plata, 1995.
- Diloretto, M. *Algunas consideraciones sobre desempleo y estructura social argentina* en *Revista Escenarios* N° 4. ESTS – UNLP. La Plata, 1997.
- Escudero, J. C. - Diloretto, M. *Consecuencias éticas y sociales de un modelo socioeconómico* en *Revista Ethica*. Año V, N° 19. Córdoba, 1996.
- Escudero, J. C. - Diloretto, M. *La salud en la caída: el proceso de pauperización y la adaptación a la pobreza en el área de la salud* en *Revista Salud, problema y debate*. Bs As, 1997.
- Escudero, J. C. - Diloretto, M. *Los números de la pobreza*. *Revista Conciencia Social*. Año V. N° 7 – 8. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, 2005
- Esping-Andersen, G. *Los tres mundos del Estado de Bienestar*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- Esping-Andersen, G. “Después de la Edad de oro: el futuro del Estado benefactor en el nuevo orden mundial”, en *Desarrollo Económico*, vol. 36, N° 142, 1996.
- Esping-Andersen, G.. “Towards a good society, once again?”, en Esping-Andersen, G. – Gallie, D. y otros (comps.), *Why We Need a New Welfare State?* Oxford University Press. New York, 2002
- Esping-Andersen, G. – Regini, M. *Why Deregulate Labor Markets?* Oxford University Press. New York, 2000
- Feijoo, M. *Los Gasoleros. Estrategias de consumo en los NUPO en Cuesta Abajo. Los Nuevos Pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Losada. Buenos Aires, 1992.
- Feijoo, M, *Nuevo país, nueva pobreza*, Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 2003.
- Feletti, R. – Lozano, C. “Crisis externa, ajuste y recesión” en *Revista Realidad Económica* N° 128. IADE. Buenos Aires, 1994.
- Frediani, R. “Desigualdad y Pobreza en Argentina” en *Revista Contribuciones CIEDLA* N° 3, *Fundación Konrad Adenauer*. Buenos Aires, 1995.
- Hardy Clarisa, *De la Pobreza a la desigualdad. Políticas Sociales Post Crisis*, presentadas en el IV Foro Ministerial de Desarrollo 2011. Disponible en la web en <http://www.fondoespanapnud.org>, consultado el día 28/2/2011
- Isuani, E. - Lo Vuolo, R. - Tenti Fanfani, E. *El Estado Benefactor: Un paradigma en crisis*. Miño y Dávila - CIEPP. Buenos Aires, 1993.

- Kessler, Gabriel (2011) *Exclusión social y desigualdad social ¿nociones útiles para pensar la estructura social argentina?* En Revista *laboratorio*. Año XII - Número 24 - Verano 2011 ISSN 1515-6370. Disponible en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo/archivos/inicio.htm>
- Lozano, C. *Estructura actual de la clase trabajadora*. Cuadernos del IDEP N° 29. Buenos Aires, 1994.
- Marshall, A. *Políticas sociales: el Modelo Neoliberal*, Legasa. Bs As., 1988.
- Merklen, D. *Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90* en Svampa, M. (ed.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Universidad Nacional de Gral. Sarmiento – Ed. Biblos. Buenos Aires, 2003
- Minujin, A. - Kessler, G. *La nueva pobreza en la Argentina*. Grupo Editorial Planeta. Bs As, 1995.
- Minujin, A. - López, N. “Nueva pobreza y exclusión. El caso argentino”. En *Revista Nueva Sociedad N° 131*. Caracas, 1994.
- Neffa, J. C. “Reflexiones acerca del esto del arte en Economía del Trabajo y Empleo” en Panaia, M. (comp.) *Trabajo y empleo. Un abordaje interdisciplinario*. EUDEBA SEM - PAITE. Bs. As., 1996.
- Offe, C. *La Sociedad del Trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*. Alianza Universidad. Madrid, 1984.
- Offe, C. *Contradicciones en el Estado del bienestar*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Alianza Editorial. México D.F., 1991.
- Paugam, S. *Los estatus de la pobreza asistida*. R: Franc. Solologie, XXXII, 1991, 75-101. Mimeo CEIL. Traducción Alda B. de Roldán.
- Paugam, S. *Las formas elementales de la pobreza*. Alianza Editorial. Madrid, 2007
- Pérez, P. (2011) “jóvenes, estratificación social y oportunidades laborales” En Revista *laboratorio*. Año XII - Número 24 - Verano 2011 ISSN 1515-6370. Disponible en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo/archivos/inicio.htm>
- Portes, A. – Hoffman, K. *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios en la época neoliberal*. Serie Políticas Sociales N° 68. CEPAL. Santiago de Chile, 2003.
- Roberts, B. From marginality to social exclusion: from *laissez faire* to pervasive engagement, *Latin American Research Review*, vol. 39, N° 1, The Latin American Studies Association. Pittsburgh, 2004
- Sen, A. *Nuevo examen de la desigualdad*. Ed. Alianza. Madrid, 1995.
- Siempre. *Deuda Social*. Mimeo. Buenos Aires, 2003¹²

Notas:

¹ Siguiendo la línea de análisis de Beccaria (1993), reestructuración y reconversión son tomadas, para los fines de este trabajo, como términos sinónimos que sirven para identificar los distintos aspectos de la estructura productiva, que surgen como respuesta a las transformaciones en las reglas de juego que enmarcan el proceso global de acumulación del capital a fines de siglo.

² Vale hacer la distinción entre trabajo y empleo. El trabajo puede adoptar diversos estatutos, desde el punto de vista de que exista o no relación salarial: libre, asalariado o forzado. El empleo es la actividad donde predomina el trabajo remunerado bajo su modalidad salarial, o como producto de ventas de servicios o producción; incluye todo tipo de trabajo, siempre que sea remunerado (Neffa, 1996).

³ Se trató de contextualizar cuantitativamente esta temática para el caso argentino, en el apartado denominado “Algunos datos” del presente Documento.

⁴ *Processualidade contraditória*, en el texto original, en idioma portugués.

⁵ Parte de los datos que siguen, fueron publicados en los siguientes artículos: ESCUDERO, J. C. y DILORETTO, M. (1996) “Consecuencias éticas y sociales de un modelo socioeconómico”; ESCUDERO, J. C. y DILORETTO, M. (1997) “La salud en la caída: el proceso de pauperización y la adaptación a la Pobreza en el área de la salud”.

⁶ El Índice de Gini mide la dispersión del ingreso entre los más ricos y los más pobres. A más bajo Índice de Gini corresponde una distribución más igualitaria del ingreso (SIEMPRO, 2003).

⁷ INDEC, Encuesta Permanente de Hogares -EPH-. Onda de Octubre de 1996.

⁸ Se define el ajuste estructural como “...la forma en que las economías nacionales deben adaptarse a las nuevas condiciones de la economía mundial” (Grassi, Hintze y Neufeld; 1994: 24). Éste ajuste, se basa en dos formulas: 1) abrir las economías nacionales al juego de las fuerzas del mercado mundial, y 2) minimizar el papel del Estado nacional como regulador de esas fuerzas y reducir su papel social y compensador, ambas se expresaron por medio de los procesos de reforma del Estado durante los '90 que implicó las privatizaciones, la descentralización de las políticas sociales, la reforma tributaria y administrativa, la desregulación, el plan de convertibilidad, la reducción del déficit fiscal, y la flexibilización del mercado de trabajo.

⁹ El proceso de empobrecimiento se puso de manifiesto con mayor crudeza tras las reformas introducidas en el área social durante la década de 1990, que no sólo fueron el correlato del ajuste en el área económica, sino que contribuyeron a acentuar la vulnerabilidad de amplios sectores de la población (Diloretto, 2002).

¹⁰ Siguiendo la línea de análisis de Beccaria (1993), reestructuración y reconversión son tomadas, a los fines de este trabajo, como términos sinónimos que sirven para identificar los distintos aspectos de la estructura productiva, que surgen como respuesta a las transformaciones en las reglas de juego que enmarcan el proceso global de acumulación del capital a fines de siglo.

¹¹ Esto ha sido enfatizado en BASUALDO, E. *Deuda externa y poder económico en la Argentina*. (op. cit.) y en ACUÑA, C. H. *La Nueva Matriz Política Argentina*. (op. cit.)